

Una experiencia en Zulia supera la polarización

Guáramo con papelón

Sebastián de la Nuez *



Ruth Marina Pedreáñez en la Universidad Católica

Ruth Marina Pedreáñez, licenciada en Educación mención Ciencias Sociales, trabaja en una de las veinticinco escuelas Fe y Alegría del Zulia, y esta es su experiencia al poner en marcha el Centro de Barrios

Con exactitud, la escuela donde trabaja Ruth se halla en el barrio Manzanillo del municipio San Francisco en el sur de Maracaibo. Menuda y di-charachera, Ruth rebosa guáramo en el sentido más criollo de la expresión: no parece proclive a arredrarse ante las dificultades. Ella, y su grupo de gente allá en el Zulia, ha sentado a una misma mesa a personas que hasta entonces no solían llevarse bien.

La convivencia, a pesar del clima político, es posible si tiene quien la promueva.

Dice, de entrada, que siempre ha querido ver a su escuela como parte de la comunidad. Vio en el programa Centro de Barrios una oportunidad y lo empujó a partir de julio de 2008 a instancias del Centro Gumilla y bajo su coordinación. Ella y los demás educadores de Fe y Alegría querían sentir más a la comunidad y que la comunidad sintiera más a la escuela.

CÓMO FUE QUE SE HIZO

Siete escuelas zulianas de Fe y Alegría se han incorporado al Centro de Barrios, hasta ahora. El espacio para la formación –pues de eso se trata esencialmente un Centro de Barrios: formación–son las propias escuelas. Así que la institución educativa ha puesto la mesa para que la gente inclinada hacia el Gobierno junto a los identificados con la oposición se encuentren en un espacio al que todos llaman neutral. Y Ruth está muy satisfecha con esta posibilidad abierta dentro de un ambiente de bipolaridad generalizado.

Lo primero que debe hacerse para desarrollar el Centro de Barrios es un diagnóstico para conocer carencias de las comunidades. Comprende los aspectos económico, social, político, cultural y religioso. Diagnóstico que, la verdad sea dicha, ya estaba bien adelantado cuando se introdujo el programa en Maracaibo. A partir de allí se determinan las necesidades de formación de los habitantes de cada entorno. El entorno de una escuela abarca varios barrios, jamás uno solo.

El aspecto con mayores fallas resultó la capacidad para la organización; la gente no suele

Centro de Barrios

Un grupo de profesionales que ha trabajado durante años alrededor del Centro Gumilla, en Caracas, decidió un día sistematizar todo lo aprendido en el intercambio con las comunidades caraqueñas y llevarlo a otros lugares del país. Uno de los sitios emblemáticos donde se fraguó esta experticia fue Catuche (en La Pastora). Por ello, cuando definen su trabajo, afirman que su misión es “fortalecer las capacidades comunitarias con el fin de contribuir a la transformación de la sociedad, la profundización de las relaciones democráticas y el reconocimiento de la diversidad cultural”.

Entre otras cosas, se proponen articular esfuerzos y recursos, implementar procesos de formación (como el que se da actualmente en las siete escuelas del Zulia), desarrollar investigación, divulgar información; en fin, apoyar un cabal desarrollo de las potencialidades de cada comunidad, promoviendo mecanismos y estrategias para transformar los marcos jurídico, político e institucional de modo que favorezcan la organización y la participación de la gente.

Laurence Quijada, coordinadora del programa, hace énfasis en que no se trata de talleres, sino de procesos formativos, lo cual implica una ambición total: que las comunidades se desarrollen a plenitud con herramientas modernas y, como se dice hoy en día, “se empoderen”.

tener plena consciencia de tal falla. Sin embargo, cuando se genera un espacio para la participación en la Constitución —sobre todo a partir de los consejos comunales—, mira de cerca y se da cuenta de lo que implica la construcción de alternativas de solución a los problemas. Cada quien debe cubrir el paso entre la representación y la participación. Existe la oportunidad de participar, pero ¿cómo hacerlo en la práctica?

Otro problema que afloró durante la etapa de diagnóstico: hay que aprender a respetarse en medio de la diversidad, porque incluso dentro de los mismos movimientos políticos existen divisiones que dan lugar a enfrentamientos. Esto lo ha visto Ruth muy de cerca, y se traduce en dificultades para trabajar en grupo. Pero se logró la convivencia en los espacios de Fe y Alegría, y a partir de allí mayor madurez para buscar soluciones.

TRABAJAR DESDE LO PARTICULAR

La escuela de Ruth seleccionó a un líder-promotor en cada comunidad. Y luego, captando gente, se lograron los grupos para los talleres de capacitación. Las 200 horas previstas en talleres

se reparten entre las comunidades. Los talleres se dividen, en este caso, en cuatro temáticas:

- Identidad y sentido de pertenencia comunitaria: formación del ser (esa necesidad de redescubrir los valores del ser humano indistintamente de la tarea o rol que desempeñe; necesidad de contar con el otro para transformar a la comunidad); historia de la comunidad (cómo se fundó el barrio, cuál ha sido su historia y en qué estado se encuentra en la actualidad; cómo se puede proyectar el barrio hacia el futuro).
- Trabajo en equipo: comenzando por discernir entre grupo de personas y equipo de trabajo; comunicación, liderazgo; conflictos y cómo dirimirlos; decisiones en el colectivo. La metodología que se aplica es la reflexión con el participante. “Ellos se sienten así parte esencial activa de lo que está orientando el facilitador”.
- Organizaciones comunitarias y, dentro de ellas, las especificidades del consejo comunal: lo que implica formar parte de una de estas instancias partiendo de las necesidades colectivas; misión y servicio de construir soluciones a los problemas colectivos.
- Elaboración y gestión de proyectos comunitarios: se imparten herramientas básicas para la elaboración de proyectos (se han dado casos de gente que les ha cobrado o pretendido cobrar hasta cuatro millones de bolívares por este trabajo). Además, se estudia la parte de la ejecución del proyecto y cómo se hace contraloría social dentro del mismo proyecto comunitario.

Los cursos son impartidos por profesores de Fe y Alegría, en su mayoría, pero también hay pedagogos de las universidades Cecilio Acosta y Rafael María Baralt.

Si se le pregunta a Ruth si realmente cree en los consejos comunales, no lo dudará y contestará con entusiasmo: “La manera como se proponen desde el punto de vista de la teoría por supuesto que es buena. Nosotros venimos proponiendo ese tipo de organizaciones en Fe y Alegría desde hace años, aunque no lo llamáramos así. Un tipo de organización comunitaria. El problema es la ejecución, y la consciencia por transformar esa realidad tan cruda que está en los barrios. Por eso hace falta la formación”.

Lo dice Ruth con propiedad, con guáramo y regusto a papelón en la voz.

* Miembro del Consejo de Redacción.